



LA DE RONDA Y OTRAS PLAZAS

Por J. L. GOMEZ-TELLO

La de Valencia, con su tradición de coliseo y aquel resplandor rosa mediterráneo del cielo tendido sobre la arena en la galvanización levantina de la luz como una vela de trirreme: Un circo. O la de Sevilla, una pandereta una tarde de feria. O la de Lima, con las rosas del virrey Amat y el nido del coche sobre ballestas de versos de la Perriccioli: Un chapín. O la de Córdoba, plaza platera, donde la filigrana es orfebrería: Una mezquita. O aquel fandanguillo, hoy nostalgia, del *Litri*, en Huelva. Estas son plazas para la luz y el oro, plazas de toreros, en definitiva. Pero la de Ronda es una plaza para la filosofía del toreo. Una plaza para discutir de ideas y formas. Una plaza catedrática. No tanto porque en su recinto se fijaran las reglas de la tauromaquia disponiéndola en los tercios invariables y se inventara la suerte de matar, sino porque se erige en creadora de escuelas. En lo que el toreo tiene de secta y molde. De canon y cánones. De estatua. De estatuaria.

Si venís a esta plaza venid con el Palladio o el Barozzi. La pureza de líneas de éste, como las arquitecturas gigantes de aquél, nos son precisas para comprender la escuela rondeña. También lo clásico y lo barroco se enfrentan aquí. No es casualidad que los toreros de Ronda se hayan sentido tratadistas o hayan surgido polémicas en torno a ellos. Sobre el toreo rondeño, Moratín y Jovellanos alegan textos. Tal vez algún día la plaza de Ronda llegue a ser declarada, como se pretende, monumento nacional. Pero su secreto está en que en tiempos de pluralidad y ruina sólo ella ha sido monumento, es decir, monumental. Sólo ella—ella y la escuela rondeña—ha pedido para su entendimiento, no un tratado taurino, sino un tratado de arte. Concretamente, de escultura.

LA DINASTIA.—RONDA, CUNA DE LA TORERIA

La dinastía empezó con Francisco Romero a fines del siglo XVIII.

Dinastía de los Romero de Ronda. Los seis: el abuelo, el pa-

dre, Juan y los cuatro nietos: Pedro, José, Antonio y Gaspar. El primero cronológicamente es Francisco. Pero en la gloria Pedro Romero, hijo y nieto de toreros. Francisco perfecciona la muleta y la suerte de matar. Juan divide la suerte en tres tercios. Pedro inventó la verónica. Con los tres el toreo pasa a ser arte y casi ciencia desde el puro instinto. Hemos llegado a un momento clásico y decisivo. Como todo lo decisivo, se vincula a una figura. La figura se llama, nada menos, que don Pedro Romero:

*Quien de Romero a Costillares saca
la muleta mejor, y quien más limpio
pone en la cruz al bruto jarameño.*

Don Gaspar Melchor de Jovellanos ante la escuela de Ronda. Pedro Romero era todo un señor. Jovellanos supo lo que dijo.

A los catorce años por el camino de tierra roja de Ronda, entre las pitas, la capa al hombro, escapado del oficio de carpintero y de su casa para torear en los barrios. La madera pone las manos ásperas. Y él tenía manos finas, manos de torero de Ronda. Después... ¡La leyenda! Leyenda magnífica de Pedro Romero. Romance de las rejas al anochecer. Amores en la Corte maja cuando su cabeza se paraba ante la puerta entornada de un palacio.

Pedro Romero decía: "Yo mato todos los toros que cría el campo." No era jactancioso. Era la razón de toda su escuela. Era el "yo". Lo rondeño, el "tajo" aquel tan bravío. La casta: Pedro Romero.

Un Romero cada toro...

Fueron seis. Cuando Pedro muere sobre candelabros de plata cuatro cirios rezan padrenuestros de luces y una duquesa pone en sus gondolas cintas de luto.

Continúa la escuela Jerónimo José Cándido, unido a la cuadrilla por el amor a la hermana de Pedro, musa de Ronda. También pudo serlo la *Nena*. Una rosa pálida del barrio de las casas